

¿PATRIOTISMO O UNIVERSALISMO? UN PROBLEMA PLANTEADO POR A. MACINTYRE*

PATRIOTISM OR UNIVERSALISM? A PROBLEM RAISED BY A. MACINTYRE

JUAN JOSÉ SANGUINETI**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE LA SANTA CRUZ, ROMA

Resumen: Alasdair MacIntyre planteaba en una conferencia en 1984, *Is Patriotism a Virtue?*, una incompatibilidad entre el patriotismo de la visión liberal (racionalista), que aparece como fácilmente criticable ante una racionalidad universal abstracta, y el patriotismo de la visión comunitarista, en el que esta virtud se presenta como fidelidad incondicional a un proyecto de nación. En este trabajo presentamos el patriotismo como la virtud política del amor a la patria, compatible con un sincero sentido universalista y con la posible auto-crítica, lejos del riesgo del historicismo si se entronca con el conocimiento metafísico universal. Así entendido, el patriotismo, virtud propia del orden civil natural, resulta fortificado por la fe cristiana y sus exigencias de universalidad en la caridad y la justicia.

Palabras clave: Comunitarismo. Nacionalismo. Patria. Patriotismo. Universalismo. Visión liberal.

Abstract: Alasdair MacIntyre raised in a conference in 1984 *Is Patriotism a Virtue?* the problem of an incompatibility between the patriotism of the liberal (rationalist) vision, which seems to be easily subjected to criticism before an abstract universal rationality, and the patriotism of the communitarianist vision, in which this virtue is presented as unconditional fidelity to a nation project. In this paper, we present patriotism as the political virtue of love of the homeland, compatible with a sincere universalism and with possible self-criticism, far from the risk of historicism provided it is linked to the universal metaphysical knowledge. Thus understood, patriotism, a virtue inherent to the civil natural order, is fortified by Christian faith and its demands of universality both in charity and justice.

Keywords: Communitarianism Nationalism. Homeland. Patriotism. Universalism Liberal vision.

* Artigo recebido em 31/01/2018 e aprovado para publicação pelo Conselho Editorial em 15/02/2018.

** Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Navarra (Pamplona, España). Profesor ordinario (emérito) de Filosofía del Conocimiento de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz. E-mail: sanguinetti@pusc.it.

1. El problema del patriotismo en MacIntyre

Quisiera presentar en estas páginas algunos comentarios acerca de una antigua conferencia de Alasdair MacIntyre titulada *Is Patriotism a Virtue?*¹, que por su temática sigue siendo actual y que además generó un interesante debate contemporáneo sobre el patriotismo². Al final me situaré en una perspectiva tomista y también a la luz de la fe cristiana. MacIntyre planteaba una disyuntiva entre una visión *liberal*, que en realidad corresponde a lo que solemos entender por racionalismo, y otra llamada *comunitarismo*³ (si bien en esa conferencia no empleaba tal denominación), en la que se insiste en la radicación de las personas en comunidades históricas concretas, esenciales para el desarrollo moral de cada uno.

La postura “liberal” –me adecuó a la terminología de MacIntyre– concibe a la razón como una instancia abstracta e independiente de la historia. Sería el caso, por ejemplo, de la razón kantiana y, en general, de los ideales ilustrados, que influyeron mucho en la creación de los Estados modernos como consecuencia de las grandes revoluciones de la modernidad (revolución americana y revolución francesa⁴). Una continuación de esta visión racionalista universal sería la ética política de Rawls, vista como una forma de individualismo neokantiano.

La posición comunitarista, en cambio, aunque es muy variada según los autores, insiste en los valores morales de la tradición y el pueblo en que las personas son educadas, desconfiando de la razón abstracta desencarnada e intelectualista. MacIntyre, a lo largo de su

¹ Cfr. A. MacIntyre, *Is Patriotism a Virtue?*, The Lindley Lecture, University of Kansas, Lawrence (Kansas) 1984. Se trata de una conferencia pronunciada en 1984 en la Universidad de Kansas.

² Cfr., al respecto, M. Nussbaum et al., J. Cohen (ed.), *For Love of Country. Debating the Limits of Patriotism*, Beacon Press, Boston 1996; I. Primoratz (ed.), *Patriotism*, Humanity Books, Amherst 2002; I. Primoratz, A. Pavković (eds.), *Identity, Self-Determination and Secession*, Ashgate, Aldershot 2006; I. Primoratz, A. Pavković (eds.), *Patriotism. Philosophical and Political Perspectives*, Routledge, London y New York 2007; J. Kleinig, S. Keller, I. Primoratz (eds.), *The Ethics of Patriotism*, Blackwell, Oxford 2015; I. Primoratz, voz *Patriotism*, “Stanford Encyclopedia of Philosophy” (Summer 2017 Edition), Edward N. Zalta (ed.) (<https://plato.stanford.edu/archives/sum2017/entries/patriotism>). El debate se hizo muy vivo a causa del resurgimiento en el mundo de los nacionalismos y del retroceso de las visiones cosmopolitas.

³ El comunitarismo (M. Sandel, A. MacIntyre, Ch. Taylor, M. Walzer, etc.) como filosofía política es un movimiento surgido en los Estados Unidos a fines del siglo XX. Difícil de encuadrar, su rasgo más claro es la crítica al liberalismo y al individualismo, por ejemplo a la filosofía de Rawls. Nada tiene que ver con el socialismo, que más bien se encasilla en la modernidad criticada por los comunitaristas.

⁴ La revolución bolchevique en Rusia es un caso especial, pues no tenía nada de liberal. Pertenecer más bien a la tradición socialista, llevada al extremo. Como los fascismos, es un producto de la modernidad y de su propia dialéctica. Aquí entiendo por *modernidad* la visión filosófica y la cultura racionalista moderna, aun reconociendo que pueden darse otras nociones más flexibles de ese concepto.

trayectoria, sostuvo un comunitarismo que podríamos considerar aristotélico. Él ve un valor moral formativo auténtico y eficaz en las comunidades virtuosas, en las que las cosas se aprenden de maestros, padres, gente de bien, escuelas de virtud, y no en códigos abstractos y científicos. De este modo, la crítica de MacIntyre al liberalismo es una crítica a la modernidad racionalista.

La aplicación de esta dualidad de posiciones al tema del patriotismo es algo compleja en el autor que comento. Según Primoratz

el patriotismo puede definirse como el amor por el propio país, como una identificación con él, y como una especial preocupación por su bienestar y el de los compatriotas⁵.

Sin embargo, según MacIntyre, para el liberal (racionalista), el patriotismo no sería sin más una virtud. El patriotismo en muchos casos podría ser sospechoso, pues la adhesión a la propia nación fácilmente degeneraría en partidismo, fanatismo y nacionalismo, y así podría entrar en conflicto con los valores morales de la razón universal abstracta⁶. Un verdadero liberal inglés debería ser crítico ante las injusticias del expansionismo imperial de Inglaterra en el siglo XIX, y así en casos similares, especialmente en las guerras, conquistas, imperialismos y colonialismos.

La posición contraria, que MacIntyre en esa conferencia llamaba “moralidad del patriotismo” (léase: comunitarismo) estima en cambio que los ideales morales llegan a las personas *particularizados en una cultura y tradición*. De este modo, el patriotismo, como la fidelidad a los padres o a la familia, aparece como un deber incondicional que no puede ser criticado por una racionalidad abstracta. El americano tiene que ser fiel a sus tradiciones, el francés a las suyas, el indio a las suyas, y así siguiendo.

MacIntyre en su conferencia argumentaba esta temática de modo dialéctico, sin llegar a asumir una posición neta, aunque claramente está más a favor del patriotismo comunitarista. Él hacía notar que el margen de auto-crítica de un representante de tal patriotismo estaría en que el patriota podría denunciar, en todo caso, el *status quo* del país en que vive en función de un *proyecto de nación* que quizá existió al principio y que luego se desvió,

⁵ I. Primoratz, voz *Patriotism*, “Stanford Encyclopedia of Philosophy”, cit.

⁶ No considero en este artículo los matices de la distinción entre nación, patria, pueblo. Tomo aquí estos conceptos como relativamente semejantes.

o que a lo mejor es algo pensado para el futuro, así como mucha gente fue patriota de naciones que sólo más tarde nacerían, al independizarse.

La conferencia del autor escocés que aquí considero plantea problemas muy delicados al respecto, como el conflicto interior que puede tener un soldado al servicio de una guerra percibida como injusta, con el riesgo de parecer anti-patriota. En concreto, por ejemplo, el de patriotas alemanes que sufrían una tensión personal entre el amor a su país en guerra y la identificación de la causa nazi con el patriotismo, o el de los soldados judíos alemanes condecorados con la cruz de hierro y que luego, pese a su fidelidad patriota, fueron perseguidos.

Para MacIntyre las dos posiciones presentadas son incompatibles. En el artículo no define del todo cuál sería la más aceptable, porque hacen falta muchos matices, si bien está más claramente insatisfecho con la visión liberal, que acaba por reducir el patriotismo a una actitud peligrosa o a una fuente de frecuentes injusticias. En su contraposición dialéctica, MacIntyre señala que, para un “liberal abstracto”, la defensa del patriotismo incondicional sería algo irracional. Para el “moralista del patriotismo”, en cambio, la posición liberal subestimaría la importancia de la pertenencia de la persona a una comunidad en la que él forjó su personalidad moral, reduciéndola a una mera circunstancia accidental. El autor reconoce que en la visión cristiana y en los que admiten la ley natural, tal como la entiende Santo Tomás, es posible ser patriotas y a la vez juzgar negativamente algunos aspectos de la propia nación o cultura⁷.

La postura de MacIntyre, por otra parte, es extremadamente crítica con respecto a las formas socio-políticas modernas, no correspondientes al tipo de comunidad en que él piensa cuando habla de vínculos moralmente fuertes con la nación o con la patria. El patriotismo tiene sentido, para la “moralidad del patriotismo”, sólo si se vive en una auténtica comunidad. Si una nación reniega de su historia o la sustituye con una historia ficticia, o si en ella se viven relaciones basadas en el juego entre los intereses egoístas de cada uno, como sucede en los Estados modernos burocráticos, entonces se ha producido un colapso de la nación, que *ya no es una auténtica comunidad*. Con pesimismo, MacIntyre constata que los Estados modernos

tienden hacia una condición en la que ya no habría lugar para una genuina moralidad del patriotismo, y lo que desfila como patriotismo no sería más que un injustificable simulacro⁸.

⁷ Cfr. A. MacIntyre, *Is Patriotism a Virtue?*, p. 15.

⁸ *Ibid.*, p. 17.

Por otra parte, señala nuestro autor⁹, aunque podamos teorizar mucho sobre el patriotismo, la historia va por delante. Aristóteles, de hecho, justificaba el amor a la *pólis* en una época en la que ésta ya había dejado de ser la institución clave de la política griega. Sea como sea, da la impresión de que MacIntyre piensa en comunidades virtuosas un poco idealizadas, o quizá en fenómenos comunitarios locales pequeños –grupos de filósofos éticos, comunidades religiosas–, pues me parece difícil encontrar en las grandes naciones históricas méritos que satisfagan las condiciones que legitimen, a criterio de este autor, los lazos patrióticos incondicionales. Con todo, la exigencia de la virtud, propia de Aristóteles, es esencial en la visión comunitarista de MacIntyre. Se trata de una visión anclada en las tradiciones, la historia y la narrativa “enactiva” (*enactive narrative*) de las personas en interacción. La enactividad –formar parte de una acción– es aquí el obrar situado en el contexto de un escenario dramático. Es como si se tratara de una obra de teatro, con las actuaciones “narrativas” de diversos caracteres en un escenario trágico, cómico o épico de una historia comunitaria¹⁰.

La legitimación moral del patriotismo, sin duda, excluye que el comunitarismo de MacIntyre pueda relacionarse con el fascismo o el nacional-socialismo. Los nacionalismos modernos, como el movimiento fascista, fundaban el patriotismo en un reclamo a valores históricos cercanos a Hegel y al romanticismo alemán. Son movimientos que pertenecen a la modernidad criticada por MacIntyre, quien se sitúa en el polo opuesto, que es el aristotelismo, unido al final a la fe cristiana.

La visión crítica de este autor se vuelve más dura en la parte final de su disertación. Allí sostiene que los Estados modernos nacidos de las revoluciones americana y francesa –supongo que debería incluir también la bolchevique–, que tendieron a hacer coincidir sus formas institucionales *con las reglas de la moralidad como tal*, crearon una falsa retórica de auto-justificación y produjeron una identificación paradójica entre el liberalismo (=racionalismo) y un patriotismo incondicional y por tanto más peligroso, cosa que MacIntyre llama una “incoherencia sistemática”¹¹. Esto supone que la misión universal a la que estas naciones

⁹ Cfr. *ibid*, p. 18.

¹⁰ Cfr. *ibid*, p. 16.

¹¹ Cfr. *ibid*, p. 19.

estarían llamadas se concebía como una exigencia de la racionalidad de la humanidad, lo que habría de justificar no pocas injusticias de cara a otras culturas o naciones¹².

2. El patriotismo como virtud política y su apertura a la universalidad

Primoratz comenta en la citada voz *Patriotism*¹³ que la postura de MacIntyre sería la de una *patriotismo robusto*, criticado por otros autores que, en cambio, han propuesto un *patriotismo moderado*, como St. Nathanson¹⁴ o M. Baron¹⁵, e incluso un *patriotismo deflacionario*, que no ve en el patriotismo una obligación ética, como en cambio es el caso de la ciudadanía, y ni siquiera un necesario ideal moral.

La postura de Primoratz parece acercarse en la voz citada al patriotismo “ético”, que exige que el amor a la patria se refiera principalmente a los valores morales auténticos de la comunidad nacional y no a criterios no-morales, “mundanos”, como pueden ser el prestigio, la fuerza militar, el influjo internacional, la riqueza. El patriotismo ético sería un deber moral, mientras que el patriotismo “mundano” a lo sumo podría estar moralmente permitido, pero nada más.

En mi opinión esta postura es correcta siempre que incorpore valores humanos y sociales como el bienestar económico, la seguridad, la estabilidad política, el progreso cultural y científico, la defensa, la ocupación, las comunicaciones, etc., bienes todos que pueden regularse moralmente y que pueden encuadrarse perfectamente en la tradicional noción de bien común, lo mismo que un padre de familia desea que sus hijos no sólo sean justos, sino que prosperen y triunfen moderadamente en el ámbito del trabajo y de las relaciones humanas.

El patriotismo “robusto” de MacIntyre me parece una posición defendible, aunque pueda parecer algo idealizada, porque supone la existencia de una comunidad cohesionada de tipo aristotélico y comporta una crítica generalizada al tipo de sociedades surgidas en la

¹² Esto sucedió en grado máximo en la Unión Soviética, cuyo intereses, se pretendía, coincidirían con el internacionalismo comunista, justificando así un duro nacionalismo ruso contrastado con los derechos de otros pueblos, so pretexto de internacionalismo.

¹³ I. Primoratz, voz *Patriotism*, “Stanford Encyclopedia of Philosophy”, cit.

¹⁴ Cfr. St. Nathanson, *Is Cosmopolitan Anti-Patriotism a Virtue?*, en I. Primoratz, A. Pavković (eds.), *Patriotism*, cit., pp. 75-91.

¹⁵ Cfr. M. Baron, *Patriotism and 'Liberal' Morality*, en D. Weissbord (ed.), *Mind, Value, and Culture: Essays in Honor of E. M. Adams*, Ridgeview Publishing Co., Atascadero 1989, pp. 269–300.

época moderna. Podemos reconocer que no es fácil conciliar el amor a la patria con la visión crítica de las injusticias que la propia nación y sus gobernantes hayan podido cometer a lo largo de la historia, cosa de la que casi ningún país está exento. Pero aunque no sea fácil, esa conciliación es posible y hasta obligada moralmente.

La concepción del amor a la patria del aristotelismo tomista, aunque en sus matices se sitúe en un contexto social diverso del nuestro, puede ayudarnos a comprender el valor positivo del patriotismo visto, como es tradicional, como una virtud, aunque es también un sentimiento. Como toda virtud, modera racionalmente la afectividad y se puede colocar entre dos extremos malos: por un lado, la ausencia de aprecio a la propia nación; por otro lado, el nacionalismo, que con frecuencia es agresivo con respecto a otros países antagonistas y suscita desprecio y hasta odio contra ellos y su gente.

Con independencia de las plasmaciones históricas contingentes de lo que es un pueblo, una nación, una comunidad civil, un estado federal, etc., no es algo complicado asumir el patriotismo como la virtud política y social que supone un amor afectivo y efectivo, con lo que implica de sacrificio y preocupación y no de mero cumplimiento formal de leyes, a la comunidad real en la que uno está arraigado y en la que normalmente se ha educado, aunque una persona puede también adoptar una segunda patria.

El amor a la patria, unido al de la propia familia, para Santo Tomás es una parte de la virtud de la *pietas*, por la que honramos con agradecimiento a aquellos de quienes depende nuestra existencia y educación. La *pietas* se dirige ante todo a Dios, en cuanto Padre y Creador nuestro. Escribe el Aquinate:

En segundo término [el primero se refiere a Dios como primer principio], el principio de nuestro ser y gobierno son nuestros padres y nuestra patria, de quienes hemos nacido y en quienes nos nutrimos. Por eso, después de Dios, el hombre es máximamente deudor de sus padres y de su patria. Así como a la religión le corresponde exhibir el culto a Dios, por consiguiente, en segundo lugar a la piedad le compete mostrar veneración (*exhibere cultum*) a los padres y a la patria¹⁶.

El amor a la propia patria o nación es, así, una virtud social primordial, porque comporta la adhesión de nuestra inteligencia y voluntad al bien social, que siempre es más alto que el bien propio, aunque incluye y no elimina a este último. Santo Tomás explica este

¹⁶ Tomás de Aquino, *S. Th.*, II-II, q. 101, a.1 (los textos de Santo Tomás son traducción nuestra).

punto con argumentos quizá algo “organicistas” muy clásicos –la sociedad vista como un cuerpo– en los que el ciudadano es asimilado a una parte de la sociedad, pero esto sólo a título de analogía, lo que no va en desmedro del valor propio de cada persona. De aquí resulta una visión ética muy exigente de los sacrificios por la propia patria que comporta la virtud del patriotismo, algo muy alejado del individualismo moderno, que pierde la noción de bien común.

El que busca el bien común de la multitud busca también, en consecuencia, su propio bien, y esto por dos razones. Primero, porque el bien propio no puede darse sin el bien común o de la familia, o de la sociedad, o del reino. Por eso Máximo Valerio dice de los antiguos romanos que “preferían ser pobres en un imperio rico antes que ricos en un imperio pobre”. Segundo, porque siendo el hombre una parte de la casa o de la ciudad, conviene que el hombre considere cuál es su propio bien a partir de su prudencia con respecto al bien de la multitud, pues la buena disposición de la parte se toma con relación a la totalidad¹⁷.

El bien propio y el bien del cuerpo social no se contraponen, sino que son integrativos:

Lo que alguien hace para bien o para mal de alguno, dentro de una sociedad, redundará en [toda] la sociedad, así como el que lesiona una mano lesiona, por tanto, a [todo] el hombre¹⁸.

Esto exige poner en riesgo la propia vida por el bien de la patria:

Es propio del ciudadano virtuoso que se exponga a un peligro de muerte por la conservación de toda la república (*pro totius reipublicae conservatione*)¹⁹.

Los sacrificios personales, en definitiva, en una visión trascendente no materialista, aunque exijan recortar algo del bien individual en aras a un mejor servicio al bien común social, no lesionan sino que acentúan más el bien de la persona, que así gana en virtudes como la generosidad, la donación y el servicio. Estos argumentos pierden sentido, obviamente, cuando estamos ante una sociedad concebida sólo en términos materialistas, en la que las virtudes personales son substituidas por el antagonismo entre los intereses de los

¹⁷ Tomás de Aquino, *S. Th.*, II-II, q. 47, a. 10, ad 2.

¹⁸ Tomás de Aquino, *S. Th.*, I-II, q. 21, a. 3.

¹⁹ Tomás de Aquino, *S. Th.*, I, q. 60, a. 5.

individuos, el predominio de los criterios económicos o meramente materiales, y en todo caso, para superar la fragmentación individualista, la imposición autoritaria y el legalismo formal. De hecho MacIntyre considera, de un modo quizás algo pesimista, que la reacción contra el colapso del verdadero sentido de nación, propio de la modernidad, es o la imposición violenta de una fuerza autoritaria o la aparición de la moralidad “liberal” racionalista, que para él es abstracta e ineficaz²⁰.

Realmente el amor a la patria, entendido como ordenación personal y virtuosa al bien común de la sociedad en que uno vive y a la que ha de servir, se coloca en una posición análoga a la del amor y lealtad a la familia, a la institución o empresa en que trabajamos, o a la asociación en la que eventualmente se participa. Ciertamente el grado de identificación personal con estos distintos grupos en los que cada uno interviene, y que exigen lealtades plurales, puede variar según las circunstancias. El patriotismo no consiste simplemente en ser un buen ciudadano, que cumple todas las leyes del país, si bien se puede discutir si la ciudadanía, concepto más bien jurídico, lleva consigo la exigencia del patriotismo. Este último implica una dedicación, una devoción y un servicio dispuestos a sacrificios incluso grandes.

Hoy hablar de patriotismo en los términos señalados por Tomás de Aquino, que recoge las ideas sobre la *pólis* de Aristóteles, quizá parece anacrónico, porque los Estados modernos no constituyen una verdadera comunidad, punto en el que, en parte, coincido con MacIntyre (el patriotismo sólo tiene sentido en una *comunidad* en el sentido de Tönnies²¹), no sólo por el predominio del individualismo, sino porque en muchas naciones modernas no siempre existe una gran identificación con el bien de la patria, si bien esto de pronto puede emerger en ciertas circunstancias, como un peligro común, y sobre todo porque la gente muchas veces no se siente identificada con los políticos y los partidos, criticados con frecuencia como corruptos, ineficaces, ideológicos, etc.²²

El patriotismo sacrificado surge modernamente, de todos modos, en situaciones especiales, como en una guerra, o subsiste, en general, en el espíritu de los ejércitos. Todo esto no quita que el amor a la propia nación, efectivo y no meramente sentimental, como si

²⁰ Cfr. A. MacIntyre, *Is Patriotism a Virtue?*, p. 17.

²¹ Cfr. F. Tönnies, con su célebre distinción entre comunidad (*Gemeinschaft*) y sociedad (*Gesellschaft*), en su obra *Gemeinschaft und Gesellschaft* (original de 1887), Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 2005.

²² Cfr. sobre este tema S. Belardinelli, *Individuo e bene comune nella società complessa*, “Acta Philosophica”, 8 (1999), pp. 7-22.

fuera la mera adhesión apasionada al propio equipo deportivo, es siempre una exigencia ética auténtica, que puede plasmarse en determinados rituales, festividades y en un cultivo sincero del aprecio por la propia nación y cultura.

La responsabilidad de una familia, de una institución, de la Iglesia, o de la patria en general, como puede suceder en un padre de familias, en un político, en un militar, etc., puede recaer sobre las personas de un modo más o menos intenso según los contextos. Estas distintas lealtades, por así llamarlas, como siempre sucede en las virtudes, implican un justo término medio entre extremos opuestos.

Tengamos en cuenta, además, que existen agrupaciones universales que trascienden los límites nacionales, como las religiones, pero no sólo ellas, sino también otras de tipo político, cultural, etc., respecto a las cuales hay también, cuando sus valores son positivos, una exigencia de lealtad y dedicación, que a veces puede plantear problemas de prioridad respecto al servicio que se debe a la propia nación. El patriotismo en un determinado contexto o situación puede comportar ciertos deberes morales. Pero la nación, evidentemente, no es un valor absoluto o incondicional. De lo contrario, sería inmoral que una persona o una familia emigrara a otro país donde considera que va a estar mejor, lo que es completamente moral, siempre que no vaya en contra de sus deberes cívicos.

Los extremos falsos del patriotismo son, como señalé arriba, el desinterés por el propio país o en el que uno vive o, por el contrario, la “idolatría” o amor exclusivista y fanático de la propia patria, que hace de esta un bien absoluto y auto-referencial, con una visión indiferente respecto a otras naciones, que son vistas o como competidoras, o como inferiores, sin ningún aprecio. Esto es algo intrínsecamente desordenado y opuesto al amor a la humanidad y al prójimo, que lleva consigo de ordinario actitudes potencialmente agresivas y es fuente de muchas injusticias, quizá de la mayor parte de injusticias que ha sufrido la humanidad. Considero que con la noción aristotélica de justo medio se podrían solucionar muchas de las dificultades señaladas por MacIntyre en su discusión dialéctica.

El planteamiento que acabo de exponer no simplifica las cosas. En muchos casos pueden surgir conflictos morales serios, que ni siquiera las normas éticas, atentas sólo a lo mínimo imprescindible para evitar la injusticia, pueden cubrir. Salvo los valores morales irrenunciables, entre los bienes creados no hay prioridades absolutas, aunque sí pueden darse prioridades legítimas, o a veces opcionales (familia, patria, empresa, etc.). Muchas dificultades

tienen que solucionarse con decisiones prudentiales, a veces optativas, y que pueden exigir sacrificios y renunciaciones en unos y otros, sacrificios que se han de valorar en cada caso.

En algunas situaciones concretas, por ejemplo, cierto deber cívico o militar puede tener una urgencia o una importancia que implique algunas renunciaciones familiares, o al revés. A veces tendremos que pedir a amigos, colegas o familiares, con quienes tenemos deberes de solidaridad, que prescindan de nuestra presencia, porque deberemos ocuparnos de otras cosas más importantes, siempre que esto no sea una excusa para justificar la dejadez o la falta de empeño.

Pueden surgir tensiones, en otro contexto, entre el amor al país y a la comunidad étnica a la que se pertenece, o entre la región y el país, o entre el país y una agrupación más amplia, por ejemplo, entre el bien nacional para un francés y el bien de la Unión Europea, respecto a la cual tiene también un deber moral de servicio y solidaridad. Hay en este campo, en mi opinión, cierto grado de variabilidad en la identificación afectiva con un grupo, que puede depender de la cultura o de la historia personal. No se pueden pedir los mismos sentimientos de amor y devoción respecto al pequeño pueblo en el que uno se crió o vivió, o respecto al clan familiar, o a la nación, o a la eventual unión de naciones (un ciudadano de Colombia, por ejemplo, ¿es primero colombiano, antes que latinoamericano?; un habitante de Valencia, ¿se siente primero valenciano, o primero español?). Las prioridades aquí pueden ser variables y no excluyen los deberes de solidaridad para con todos. Para un cristiano con fe arraigada, sin embargo, la comunidad eclesial es prioritaria con respecto a su nación, porque los vínculos de fe son más fuertes y más altos que los vínculos naturales y cívicos.

No hace falta plantear los posibles conflictos y tensiones que aquí pueden surgir en un escenario dialéctico, si bien no por esto pretendo simplificar los problemas reales. En muchas ocasiones, la dedicación intensiva a un bien propio o social –familiar, cívico, militar, religioso–, aunque en apariencia coarte el servicio a otros sectores, en conjunto refuerza el bien común general. Recordemos además que el mejor modo de servir al bien común es realizar lo mejor posible todo lo que atañe al bien propio en cierta esfera particular en la que uno está especialmente involucrado por su historia personal o por elección de vida. Al servir al bien familiar o de una empresa, se está colaborando óptimamente con el bien del país, y

no hay otro modo de hacerlo en una sociedad compleja en donde cada parte tiene que realizar bien su función²³.

La recta comprensión de estos puntos exige como fundamento una concepción social integrativa y no conflictiva por sistema. Si, en cambio, pensamos la sociedad internacional en términos competitivos, entonces el patriotismo se transformará en partidismo o nacionalismo, donde el triunfo de un país significa por fuerza la depresión de los países competidores. Esto puede estar bien en los juegos –hasta cierto punto–, pero de ninguna manera en la sociedad y en las relaciones internacionales.

Por desgracia la historia moderna, teorizada por las filosofías racionalistas de la modernidad, es testimonio de un dinamismo conflictivo en el que el empuje hacia delante de una nación suele vivirse ignorando o compitiendo con los intereses de pueblos, grupos étnicos, etc., especialmente en medios de las alianzas (interesadas) de unos con otros. Lo que se busca entonces es, sin más, el poder y no la justicia, aunque esto quede siempre revestido de una fraseología jurídica y pseudo-moral. Las guerras europeas, mundiales, etc., se entienden bajo esta lógica. Si el bien común se ve centrado principalmente en los beneficios para el propio grupo, esta visión conflictiva es casi inevitable. Esta concepción se vuelve especialmente peligrosa, como señalaba MacIntyre, cuando se pretende que el bien común nacional sea el bien universal *tout court* (“somos los mejores”).

La posición comunitarista de MacIntyre insiste en que los valores morales se nos dan siempre incardinados en una tradición. Pienso, sin embargo, que la razón humana, en su apertura al bien y a la verdad universal, trasciende las diversas encarnaciones y así es como encuentra valores y verdades en otras culturas y tradiciones. La visión universalista, por otra parte, es una obligación moral, porque la entera humanidad es un bien precioso más alto que el de la propia nación. El Cristianismo, en este sentido, para el que tiene la fe cristiana, asume la Encarnación del Hijo de Dios como un valor absolutamente universal que es capaz de fecundar y rectificar a todas las culturas y patrias del mundo, dándoles así una mayor riqueza y pureza.

Los puntos que acabamos de ver en estas páginas pueden considerarse ahora en una doble relación. Primero, con respecto al bien de la propia nación. Segundo, en orden a la entera humanidad.

²³ Cfr., al respecto, la noción de patriotismo como participación comunitaria y personalista en K. Wojtyła, en *Persona e Atto*, en *Metafisica della persona. Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, Bompiani, Ciudad del Vaticano 2003, pp. 1167-1216.

3. El bien de la propia nación

El patriotismo, como el amor a la propia familia, es una virtud que busca beneficios para la propia patria. Esto exige reconocer que la comunidad en la que vivimos, en la que hemos aprendido tantas cosas buenas, es siempre mejorable y, como todo lo humano, muchas veces tendrá defectos que quien quiere bien a su patria tratará de subsanar. Esto supone el uso de una racionalidad metafísica trascendente, con la que captamos la ley moral universal.

Se evita así el riesgo de pensar que el bien cabal lo encontraríamos sólo en *nuestra* cultura, o que en ella se daría un *bien inmejorable*, cosa que produciría un encerramiento y una indisponibilidad para ser enriquecidos por los valores de otras culturas, un punto que puede ir unido al historicismo. Por otra parte, la universalidad del conocimiento metafísico y ético no tiene por qué confundirse con la razón abstracta del racionalismo.

Es cierto que la universalidad del saber moral no es eficaz si no se encarna en valores vividos por un pueblo de un determinado modo, con cierto talante nacional o regional. Ésta es la tarea de la educación: dar valores e ideales encarnados. Arriba me he referido al universalismo ínsito en el Cristianismo, que trasciende a todos los pueblos y culturas. La fe cristiana, de hecho, ayuda a superar los límites de la razón humana universal, sometida a defectos, abstracciones y unilateralismos. Pero tengamos también en cuenta que la patria, aunque por su origen y cultura pueda tener una raíz y un sesgo cultural cristiano –y es muy positivo que así sea–, no se identifica con la religión, un punto delicado sobre el que no puedo extenderme en este trabajo²⁴.

Si amamos a la patria como a la propia familia, precisamente por eso queremos para ella el bien con libertad, especialmente el bien más alto que tiene que ver con Dios. De ahí que el patriotismo esté abierto a la variedad de religiones, pues el bien de la patria es un valor humano y secular, intrínsecamente amable con independencia de la religión. El nacionalismo religioso, al identificar sin más a la nación con una religión –algo característico de la Antigüedad, pero que sigue vigente en algunas culturas–, fue siempre un obstáculo formidable para la tarea evangelizadora de la Iglesia en el mundo y para la preservación de la trascendencia, libertad y genuinidad de la fe cristiana en la vida social. Por este motivo los

²⁴ Cfr. sobre el tema M. Fazio, *Libertad religiosa, laicidad positiva. La sana laicidad en el pensamiento de Benedicto XVI*, <http://www.e-libertadreligiosa.net/index.php/fundamentos/laicidad-positiva/590-la-sana-laicidad-en-el-pensamiento-de-benedicto-xvi.html>, consultado el 26-12-2017.

nacionalismos con frecuencia vieron a la Iglesia Católica como una instancia anti-patriótica, o por lo menos sospechosa para los intereses nacionales.

4. El bien de la humanidad

En una visión integrativa y universalista de la sociedad, se comprende que el amor a la patria debe ser complementado por el amor a las demás naciones, así como el amor a sí mismo se abre al amor al prójimo en un marco de caridad y justicia. De este modo pueden entenderse textos tomistas donde el principio de que el bien común es “más alto y divino” que el bien particular se usa como premisa fundativa del amor a todos los pueblos.

Si es amable [el amor] dirigido a una sola ciudad, es mucho más divino que se dirija a todos los pueblos (*toti genti*), en donde se contienen todas las ciudades [podemos leer: todos los pueblos]. Dice [Aristóteles] que es *más divino* porque responde más a la semejanza con Dios, que es causa universal de todos los bienes²⁵.

El Cristianismo, salvo cuando fue identificado con una nación o cultura (por ej., nacionalismos religiosos), de suyo, por exigencia de la misma fe y del mandato evangelizador universal de Cristo, tiende a fomentar la apertura universalista de las virtudes patrióticas, porque lleva a valorar, a aprender y a contribuir al bien de las demás naciones, vistas cristianamente como hermanas y no como entidades extrañas, ni mucho menos inferiores, aunque puedan estar menos desarrolladas en algunos aspectos. Leemos en un autor de espiritualidad:

Ama a tu patria: el patriotismo es una virtud cristiana. Pero si el patriotismo se convierte en un nacionalismo que lleva a mirar con desapego, con desprecio -sin caridad cristiana ni justicia- a otros pueblos, a otras naciones, es un pecado²⁶.

Este punto resulta especialmente importante en nuestros días, dada la estrecha interdependencia entre los países y grupos étnicos y a causa del fenómeno de la globalización. Cualquier evento medianamente importante de un sector del mundo tiene repercusiones en los demás países y sectores. Actualmente una visión simplemente localista de la política, la

²⁵ Tomás de Aquino, *In I Ethic.*, lect. 2, n. 30. El matiz de “a todos los pueblos” responde al universalismo cristiano de Santo Tomás, añadido a lo que Aristóteles dice textualmente. En el filósofo griego el bien común “divino” se restringe a la *pólis*: cfr. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I, 1094 b 10; *Política*, I, 1252 a 1-5.

²⁶ San Josemaría Escrivá, *Surro*, Rialp, Madrid 2001, n. 315.

economía, etc., resulta anacrónica, y además, por lo general, es perniciosa. Hoy más que nunca el ciudadano y cada nación como un todo están obligados a ser solidarios con las demás naciones, en el marco de sociedades frecuentemente multiculturales y multiétnicas.

La apertura sincera a la riqueza y aportes de los demás pueblos, basada en último término en la convicción ética de la igualdad de todos los seres humanos, a veces ha sido calificada de *cosmopolitismo*. Pienso que es mejor denominarla *universalismo*, ya que el término “cosmopolitismo” (ser y sentirse “ciudadanos del mundo”) tiene cierta connotación denigratoria para el sentimiento patriótico. Marta Nussbaum ha dirigido un debate sobre este tema²⁷. Justamente ella señala:

En términos educativos, esto significa que los estudiantes en los Estados Unidos, por ejemplo, pueden continuar a considerarse a sí mismos como definidos en parte por sus amores particulares, como sus familias, sus comunidades religiosas, étnicas o raciales, o incluso por su país. Pero ellos deberían también, y de modo central, aprender a reconocer la humanidad en cualquier sitio en que la encuentren, no obstante tengan características que les sean extrañas, y que estén dispuestos a entender a la humanidad en todas sus formas extrañas²⁸.

Algunos de los autores que participaron en este debate, como R. Falk²⁹, H. Putnam³⁰ y Ch. Taylor³¹, insistieron en que el patriotismo bien entendido no tiene por qué oponerse al universalismo. Ambas actitudes son necesarias. El universalismo puede tener el defecto de que es algo etéreo y de que carece de la fuerza de lo concreto que viene del ambiente en que uno está arraigado. La razón humana, siendo universal, señala Putnam, tiene que estar *situada*, y por eso son necesarias las tradiciones. La moral no se aprende en abstracto, sino en una comunidad, y lentamente.

Al igual que las formas de la pintura, la música o la literatura, las formas de vida requieren siglos de experimentación e innovación para desarrollarse. En ausencia de tales formas concretas de vida, las formas de lo que Hegel llamaba *Sittlichkeit*, las máximas universales de la justicia, son virtualmente vacías, así como en ausencia de la razón crítica, las formas heredadas de la *Sittlichkeit*

²⁷ Cfr. M. Nussbaum, *For Love of Country*, cit.

²⁸ *Ibid.*, p. 9.

²⁹ Cfr. R. Falk, *Revisioning Cosmopolitanism*, en M. Nussbaum, *For Love of Country*, pp. 53-60.

³⁰ Cfr. H. Putnam, *Must we choose between Patriotism and Universal Reason?*, en M. Nussbaum, *For Love of Country*, cit., pp. 91-97.

³¹ Cfr. Ch. Taylor, *Why Democracy needs Patriotism*, en M. Nussbaum, *For Love of Country*, cit., pp. 119-121.

degeneran en ciega tenacidad y en ciega lealtad a la autoridad. La tradición sin razón es ciega; la razón sin tradición es vacía³².

Y añadía:

No tenemos por qué elegir entre patriotismo y razón universal; la inteligencia crítica y la lealtad a lo mejor de nuestras tradiciones, incluyendo nuestras tradiciones nacionales y étnicas, son interdependientes³³.

En definitiva, la virtud de amar a la patria, la tierra en la que hemos nacido y nos hemos educado, es necesaria y va más allá del mero respeto legal al orden social. Es plenamente conciliable con el universalismo, que no es abstracto, porque significa la apertura al bien de cualquier persona y grupo del mundo. Las formas concretas en que se puede vivir el patriotismo son variadas y tienen algo de contextual, porque no todas las agrupaciones sociales tienen las mismas características. No es lo mismo un pueblo, una región, un país pequeño o grande, o una federación.

La apertura universal de la persona a todos los demás se concreta y se encarna en las comunidades en las que nos toca vivir. Pero esas comunidades no son absolutas. El servicio a los demás no se agota en sus formas locales, sino que está siempre abierto a todos, es decir, a toda la humanidad. Universalidad y particularidad no se oponen dialécticamente, sino que se complementan entre sí.

³² H. Putnam, *Must we choose* ?, en M. Nussbaum, *For Love of Country*, cit., p. 94.

³³ *Ibid.*, p. 97.

Bibliografia

- Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, ed. corrientes.
- Aristóteles, *Política*, ed. corrientes.
- Baron, M., *Patriotism and 'Liberal' Morality*, en D. Weissbord (ed.), *Mind, Value, and Culture: Essays in Honor of E. M. Adams*, Ridgeview Publishing Co., Atascadero 1989, pp. 269–300.
- Belardinelli, S., *Individuo e bene comune nella società complessa*, “Acta Philosophica”, 8 (1999), pp. 7-22.
- Escrivá, J., *Surco*, Rialp, Madrid 2001.
- Falk, R., *Revisioning Cosmopolitanism*, en M. Nussbaum, *For Love of Country*, pp. 53-60.
- Fazio, M., *Libertad religiosa, laicidad positiva. La sana laicidad en el pensamiento de Benedicto XVI*, <http://www.e-libertadreligiosa.net/index.php/fundamentos/laicidad-positiva/590-la-sana-laicidad-en-el-pensamiento-de-benedicto-xvi.html>, consultado el 26-12-2017.
- Kleinig, J., S. Keller, I. Primoratz (eds.), *The Ethics of Patriotism*, Blackwell, Oxford 2015.
- Nathanson, St., *Is Cosmopolitan Anti-Patriotism a Virtue?*, en I. Primoratz, A. Pavković (eds.), *Patriotism*, pp. 75-91.
- MacIntyre, A., *Is Patriotism a Virtue?*, The Lindley Lecture, University of Kansas, Lawrence (Kansas) 1984.
- Nussbaum, M. et al., J. Cohen (ed.), *For Love of Country. Debating the Limits of Patriotism*, Beacon Press, Boston 1996.
- Primoratz, I., (ed.), *Patriotism*, Humanity Books, Amherst 2002.
- Primoratz, I., A. Pavković (eds.), *Identity, Self-Determination and Secession*, Ashgate, Aldershot 2006.
- Primoratz, I., A. Pavković (eds.), *Patriotism. Philosophical and Political Perspectives*, Routledge, London y New York 2007.
- Primoratz, I., voz *Patriotism*, “Stanford Encyclopedia of Philosophy” (Summer 2017 Edition), E. N. Zalta (ed.) (<https://plato.stanford.edu/archives/sum2017/entries/patriotism>).
- Putnam, H., *Must we choose between Patriotism and Universal Reason?*, en M. Nussbaum, *For Love of Country*, pp. 91-97.
- Taylor, Ch., *Why Democracy needs Patriotism*, en M. Nussbaum, *For Love of Country*, pp. 119-121.
- Tönnies, F., *Gemeinschat und Gesellschaft*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 2005.
- Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, ed. corrientes.
- Tomás de Aquino, *In X Ethicorum*, Marietti, Turín 1964.
- Wojtyła, K., *Persona e Atto*, en *Metafisica della persona. Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, Bompiani, Ciudad del Vaticano 2003, pp. 1167-1216.

Universidade Católica de Petrópolis
Centro de Teologia e Humanidades
Rua Benjamin Constant, 213 – Centro – Petrópolis
Tel: (24) 2244-4000
synesis@ucp.br
<http://seer.ucp.br/seer/index.php?journal=synesis>



UANJO, Juan José Sanguineti. ¿PATRIOTISMO O UNIVERSALISMO? UN PROBLEMA
PLANTEADO POR A. MACINTYRE. **Synesis**, v. 9, n. 2, p. 94-111, out. 2017. ISSN 1984-6754.

Disponível em:

<http://seer.ucp.br/seer/index.php?journal=synesis&page=article&top=view&path%5B%5D=1417>
